

Recordar, compartir, aprender

**Valencia**

**Carlos Galdón, 72**

**Marta Planells, 18**

## **HARINA, AGUA Y SAL**

2007. Vivimos una vida llena de facilidades, de libertad. No somos conscientes de lo que cuesta alcanzar un sueño ni de lo importante que es sentirse realizado. 1935. El protagonista de esta historia nace en una panadería de la ciudad de Valencia, ya marcando lo que serán sus futuros pasos.  
Toda una vida dedicada a un oficio: el pan.

A sus 72 años, Carlos se considera una persona afortunada, se siente realizado. Me sorprendió mucho su visión de la vida, su evaluación ha sido siempre positiva a pesar de la dura época en la que creció. La historia de Carlos no está marcada por las tragedias ni por los momentos tristes, aunque también los hubo. Es un relato marcado por el tesón y el trabajo de una persona que se desvivió por aprender un oficio que le ha dado sentido a su vida.

Aunque su padre era panadero, me cuenta entre risas cómo le tenía que pagar una cerveza al “palero” para que le dejase aprender a cocer. Carlos creció en una época en la que la panadería no experimentaba ningún avance. Eran tiempos duros, la gente no tenía nada que llevarse a la boca y los trabajadores eran recelosos de sus trucos. El país estaba estancado.

No obstante, reconoce que su vida ha sido fácil dentro de la dureza de la posguerra. No pasó hambre ya que todos los días podía comer pan, pero admite que sus padres le obligaban a merendar dentro de casa porque los niños de la calle llevaban días sin comer. Sin embargo, a pesar del estancamiento en el que se encontraba sumida la sociedad española, Carlos quiso que entendiera que el país salió adelante gracias al trabajo de todos los españoles. “Hablan siempre del milagro alemán, pero no se dan cuenta de que nosotros salimos de la miseria sin ayuda de nadie”.

El oficio de panadero requiere mucha dedicación. Es un trabajo duro que en los tiempos de la posguerra se endureció más todavía. Para Carlos, los peores años fueron los de la década de los 40. En estos años el trabajo se complicó más todavía debido a los cortes de luz. Carlos me cuenta cómo a las 3 de la mañana les cortaban la luz y no podían cocer el pan, por lo que tenían que pasar más horas en el horno. Es sincero, admite que el despertador le molestaba como a todos, pero que una vez allí cualquier problema se desvanecía entre harina, agua y un poco de sal.

Desde la primera vez que le vi, intuí un espíritu joven que se ha definido después de nuestros encuentros. A pesar de su edad, Carlos no es un anciano normal. Como él dice, no le gusta estar todo el día jugando al dominó o a las cartas, ha encontrado una manera de seguir sintiéndose útil. Hace ya 15 años que se inició en la enseñanza y es que lo que comenzó como una sustitución de 15 días se ha convertido en un motivo por el que levantarse todos los días. “Es una experiencia muy gratificante” me comenta. Para él, la enseñanza ha sido una manera de seguir trabajando después de su jubilación. Pero más allá de un “nuevo trabajo”, es una oportunidad para codearse con personas jóvenes que según Carlos, le han ayudado a entender muchas cosas de lo que llama “nuestro mundo”. Para él es sorprendente la facilidad que tienen los jóvenes de hoy para relacionarse: “me costaba mucho comprender cómo, después de tres días, mis alumnos ya se abrazaban como si fuera lo más normal del mundo”.

La enseñanza le ha permitido no quedarse anclado en su forma de ver la vida y, aunque reconoce que los valores con los que él creció no son los adecuados, tampoco le gustan los que tenemos los jóvenes de hoy. Unos, por ser demasiado restrictivos; y otros, por ser demasiado liberales. Carlos me confiesa en uno de nuestros encuentros que la cara de asombro de los niños al ver cómo se hace el pan es lo que más satisfacción le ha producido en la vida. Se siente orgulloso de haber seguido el oficio de su padre y de que sus dos hijos hayan decidido dedicarse a la panadería.

Harina, agua y sal, ingredientes básicos que han otorgado la felicidad a Carlos durante toda una vida marcada por la dureza de la dictadura.

Recordar, compartir, aprender

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

A mis 18 años no estoy capacitada para contestar una pregunta de estas características. Todavía me quedan muchos años por delante en los que espero vivir experiencias gratificantes y fructíferas. Mi objetivo: sentirme, después de toda una vida, igual de satisfecha que Carlos.

Sin embargo, Carlos no dudó ni un instante cuando la formulé: el sentido de su vida siempre ha sido poder levantarse todos los días sabiendo que trabajaba en lo que deseaba. Toda su vida se ha despertado sabiendo que era afortunado. Primero, por estar vivo; y segundo, por haber cumplido su sueño, ser panadero.

“Nadie te preguntaba qué querías estudiar o en qué querías trabajar”. Esas palabras me trastocaron el pensamiento y, por una vez, fui yo la que me sentí agraciada por haber nacido en una época de libertad.

Carlos es un claro ejemplo de que en la más profunda oscuridad puede penetrar una luz tan brillante como la del fuego de los hornos entre los que se ha forjado una persona admirable.